

Escribe Filebo

Rubio, a secas

IBRO de "fermosura" inusitada este "Trances" (Editorial Universitaria, Colección Los Contemporáneos, 1987), de Alberto Rubio. Hace tres décadas —como apunta el certero colofonista— Rubio publicó su obra primera: "La greda vasija". Según relato de Guillermo Trejo, el título surgió de un oportuno y premonitorio error en la escritura a máquina. Es verdad, quedaba mucho mejor "La greda vasija" que "La vasija de greda". Los poetas construyen el mundo a la manera de Dios: con una cuota de azar o con un espacio en blanco para el libre albedrío. En aquel tiempo, vigencia plena de la Generación del 50, llamaban la atención David Rosenmann, Miguel Arteche, Alberto Rubio y ya entre éstos el propio Trejo, entonces Alonso Laredo, seudónimo literario.

"La greda vasija" señalaba un gran destino. Su aparición iba a suscitar algo así como la impresión despertada por la segunda venida al mundo de Nicanor Parra ("Poemas y antipoemas") en gloria y majestad. "La greda vasija" (1952) fue la impronta de aquella generación, al igual que lo fue "Cortejo y epinicio", de David Rosenmann, en 1949. Después Alberto Rubio se rodeó de silencio. El estudio del derecho, el ejercicio a regañadientes de la profesión, la judicatura. Sin embargo, la procesión le circulaba por dentro. Una vez Claudio Giaconi confesó: "No es uno el que deja la literatura; es la literatura la que lo deja a uno". Al revés, en su caso, Rubio, impidiéndose el ademán suntuario de la publicación por la publicación, es decir negándose a escribir sólo para editar, continuó afinando en las sombras el instrumento de su poesía.

"Trances", obra impecablemente impresa por la Universitaria e ilustrada por Raimundo Rubio, ha merecido en estas páginas uno de esos comentarios en que Andrés Sabella, con escueta sabiduría, con el don de la palabra a flor de labios, emerge del misterioso universo de la Hermandad de la Costa para sellar en prosa su reconocimiento de padre y señor nuestro. ¡Cuánta maravilla de síntesis, en efecto, expone su breve y transparente "Rubio Solar" del domingo 25 de octubre!

Diecinueve poemas sufridos, gozados, empapados, iluminados en las artes del poeta cuyo oficio, lejos de deslavarse con el paso del tiempo, se robustece a través de la conmovedora experiencia interior. Como bien apunta Sabella y como aconsejaba el innovador T.S. Eliot, "Trances" se somete a la prueba de la forma rigurosa (esta vez el verso endecasílabo). Desde allí, desde el centro del rigor máximo, Rubio emprende la aventura de retratar por sus puntos extremos (en el pensamiento de Caillois acerca de Saint-John Perse) la empresa humana.

Los poemas de Alberto Rubio, quintaesencia de más de treinta años de ejercicios de estilo, traen a mientes, aunque uno pretenda espantar la idea con un golpe de mano, el perfil de los "Caracteres" en la prosa incisiva de Elías Canetti. "Oidor", "Comensal", "Galán", "Pastor", "Zángano", "Donante", "Guloso", entre otras piezas de hábil orfebrería, rescatan para el discurso poético el esplendor del lenguaje vivo y torturado que sollamaba a César Vallejo. En "Comensal", verbigracia, Alberto Rubio escribe: "Arrimado a la esquina de la mesa, /fiel, infinito al son de mi cubierto,/ quisiera seguir siempre el mismo Alberto /Rubio resucitado en su presa./ ¡Qué olorosa la carne me embelesa/ dorada, tan real, y tan despierto/ de mis sentidos yo, por fin tan cierto/ que la separación de amigos cesa!/ Brindis ahuyentan hoy mutuos agravios,/ pero injurias del Tiempo corporales/ no dependen jamás de humanos labios/ ni de la ingratitud de los mortales,/ tampoco el perdón de nuestros sabios/ cristianos y felices comensales".

Con todo, más allá de la madurez golosa del vocablo en este poeta poderosamente maduro, nadie que haya conocido a su hijo Armando, también poeta de originalidad sorprendente fallecido en forma trágica en plena juventud, podrá soslayar el estremecimiento que se desprende de la profunda y serena belleza de ánimo con que el padre se dirige al hijo ausente llamándolo "Padre". He aquí los seis versos iniciales del homenaje memorable: "Ni el tronco yo, ni tú la esbelta copa,/ ni tallo ni renuevo desgajado./ Ven a la mesa. Escarchará la sopa/ de seguir enfriándose a mi lado./ Si no probaras nunca más la cena,/ furia, helor en mí: todo, menos pena...".

"Trances" nos devuelve al poeta que la poesía no nos quitó nunca.

MIGUEL SERRANO Y EL 5 DE SEPTIEMBRE

Ante algunas encontradas versiones periodísticas, el es-

critor Miguel Serrano me ha enviado en una grabación el testimonio oral del homenaje a Rudolf Hess, efectuado el 5 de septiembre del año en curso en el Cementerio General, en el túmulo de los jóvenes caídos el 5 de septiembre de 1938 en la Caja de Seguro Obrero. Discursos, bellos himnos wagnerianos de los tiempos del hitlerismo, juramentos de fidelidad a la figura mítica del Fuhrer y sus epígonos jalonan el documento histórico. Dos intervenciones representan el fondo de la cuestión que ha merecido toda clase de debates: la participación del profesor Erwin Robertson, en nombre de los nacistas de la joven guardia, y la de Miguel Serrano, en atrevida muestra de adhesión al Arquetipo que exhibe su idea inmanente, al margen de las sanciones específicas del artículo 8º de una constitución

política "térre a térre", del "Ultimo Avatara" o "Hitlerismo Esotérico". En su desagravio a la memoria de Hess, Serrano denuncia la maléfica influencia del "siete judaico" en la vida chilena. Atribuye, desde luego, al plan de las "siete proyecciones de Melnick" la "proyección funesta de Melnick" en nuestro devenir político. Su defensa de Rudolf Hess se apoya en el suceso nunca aclarado del extraño raid de Hess a Escocia. Según Serrano, el Duque de Windsor y el Duque de Hamilton participaron con Hitler en la preparación de una gestión de paz con Inglaterra. Luego, Inglaterra tuvo miedo y puso marcha atrás. Es digna de encomio, por otra parte, la fidelidad que Serrano conserva por el recuerdo de Adolf Hitler. La lealtad a los muertos es virtud bastante rara entre nosotros.